

Víctor Chandley, multiasesino*

Jorge Sánchez Jinéz

Porque Jesús le había dicho: “¡Sal de este hombre, espíritu impuro!”

Después le preguntó: “¿Cuál es tu nombre?”

Él respondió: “Mi nombre es Legión, porque somos muchos”.

Y le rogaba con insistencia que no lo expulsara de aquella región.

EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

Víctor Chandley era su nombre.

Como todo personaje de cuento fantástico, provino de la imaginación. Resueltamente su autor decidió que caminara por un sendero hecho de polvo de estrellas —blanco, muy fino—, bordeado por piedrecillas de río que recordaran la piedra filosofal de los alquimistas, y pensó que de pronto encontraría un prado lleno de flores, a donde un aroma a nido de pájaro le guiaría hasta una mujer que, nacida en una novela rosa del siglo antepasado, percibiría su figura encorvada.

—Buenos días, distinguida señora —dijo Chandley, e inclinándose hacia adelante hizo un gesto de cortesía.

—Buenos días —contestó en un murmullo la mujer, notando un aroma rancio en el hombre y advirtiendo algo de falso en sus palabras.

—Pasaba por aquí y me preguntaba si sería tan amable de ayudarme a encontrar algo que busco desde hace algún tiempo —colocó en la tierra un costal que cargaba en la espalda.

—¿Es un objeto? Si se trata de eso creo que resultaría complicado para mí ayudarle. Este día espero a mi amado, nuestro encuentro está pactado a la hora sin sombra —tras una nube de la bóveda celeste el astro amarillo se acercaba al cénit.

* Este cuento obtuvo el Premio Estatal de la Juventud en 2010; aquí se publica por primera vez.



Sin título (2005). Aguafuerte y aguatinata:
Jesús A. Martínez.



Sin título (2007). Óleo sobre tela, 80 x 100 cm: Jesús A. Martínez.

—No, no lo es. Más bien es una dirección —Chandley se frotó la barbilla con la mano derecha—. Seguramente mi autor, un jovial cuentista, ha tenido un problema y aún no me ubica en un cuento específico.

—Oh, ya lo veo. Esos descuidos no son del todo voluntarios, yo misma he sido víctima de ellos. La intención del autor, sin embargo, jamás es la de producir sufrimiento en nosotros los personajes, habitantes del espontáneo mundo de las palabras. Mi autor, por ejemplo, cuida de mí en todo momento, no hace sino inventar historias donde el paisaje es hermoso y la fealdad no existe. Usted sabe, utopías, mundos mágicos, lugares felices... —en ese instante un colibrí posó su vuelo en una florecilla cercana a los pies de la mujer—. Pero no se preocupe más. Sígame —le dijo ella y lo condujo a las postrimerías del prado a donde un aljibe tenía adosadas en el pequeño techo cinco flechas de madera con inscripciones que indicaban distintos caminos.

Chandley levantó atentamente la mirada, encontró las flechas y leyó los títulos de cuentos memorables: *Alí Babá y los cuarenta ladrones* (anónimo, versión de Sir Richard Burton), *La cenicienta* (versión de Jacob y Wilhelm Grimm), *El patito feo* (Hans Christian Andersen), *Funes el memorioso* (Jorge Luis Borges).

—No entiendo —dijo él, escueto, sin quitar los ojos de las flechas de madera. Se rascó las mejillas adoquinadas por una barba rala.

—Las flechas —le explicó ella, motivada por la parsimonia de la yerbabuena y la frescura de las acacias— indican historias a donde puede dirigirse. Si se decide por *Alí Babá y los cuarenta ladrones*, usted se encontrará rodeado de hombres que guardaron un tesoro de joyas incontables. El tesoro fue robado por un hombre, la banda le perseguirá, pero una mujer de nombre Morgana le protegerá de distintos intentos de asesinato.

—Ahora entiendo, tengo buenas opciones.

—Usted decida, aunque debería tomar en cuenta que los primeros caminos lo llevarán a lugares ya explorados. Elija en función del autor —le recomendó la mujer, acomodándose el moñito azul que ordenaba su cabello.

Si él se dirigiera al primer cuento, su pecho luciría un collar de oro y en los dedos uno que otro anillo con un diamante en filigrana. Esa historia también le confirmaba la existencia de un dios creador. No obstante de escuchar ambas realidades, decidió no ir por allí.

Por un momento pensó en llevar consigo a la mujer de este cuento, pero entonces entendió que ella le cuidaría los pasos, que ella se convertiría en Morgana y él en Alí Babá. De esta forma desechó tal opción porque temió disolverse en la figura de un personaje centenario y no ser más Víctor Chandley, quien ahora miraba una flecha, verde como las otras, pero sin inscripción alguna.

—¿Lo conoce? —preguntó él refiriéndose al cuento desconocido.

—Desde luego que no. Pero eso mismo lo hará interesante —la mujer se cubrió del sol con un chal que llevaba en los hombros.

—Tomaré el último camino, como usted dice.

—No se arrepentirá —reiteró la mujer alisándose el cabello lacio.

—Usted tampoco —pronunció Chandley con la voz disminuida como si hablara para sí mismo.

—¿Qué dice? —se dibujó en ella un gesto interrogante.

—Nada. Sólo me gustaría corresponderle con un objeto significativo.

—Es muy amable de su parte —la mujer se sonrojó un poco.

—No es nada —con ambas manos, como un niño curioso, Chandley rebuscaba dentro del costal.

Ella miró atenta cómo extrajo una bola de pelos color negro. A la mujer le recordó un mago que sacaba flores o palomas blancas frente a sus ojos de luna. Los dientes desaparejos y los ojos avizores formaron un gesto de maldad en el rostro de Chandley, que ella tomó, sin embargo, como un detalle bienintencionado.

—Le gustará —dijo él lanzando de inmediato la madeja de pelos en el rostro de la mujer.



1-7 (2010). Transfer y xilografía: Jesús A. Martínez.

Sin librarse de los hilos negros, ella echó a correr a través del prado. Pisando las flores, lastimando el tallo de un alto girasol por aquí, entristeciendo la ternura de una begonia por allá, deshojando margaritas —me quiere, no me quiere— se sintió como un gigante destruyendo un poblado, y lanzó gritos despavoridos cual golondrina viviendo en la agonía.

—¡Usted está enfermo! —repetía una y otra vez—. ¡Está enfermo de edgar-llanpoenia! ¡Váyase de aquí!

Chandley disfrutó el acto de lanzar la bola de pelos a la mujer. Levantó una vez más la mirada, lentamente, hacia los letreros del aljibe, y tomó la dirección indicada en la flecha verde sin inscripción, porque el polvo de estrellas bordeado por las piedrecillas de río sólo continuaba por ese camino; los restantes eran de pasto seco y tierra endurecida. Verde que te quiero verde, susurró Chandley para sí mismo, pensando en el camino. Entonces un miedo secreto que había cargado hizo implosión, y su pecho se insufló alegre, riendo a carcajadas marcadas por el ritmo de la respiración alocada.

En aquel momento reculó hacia do estaba el costal negro, negro como una herida, y al igual que aquel miedo, decidió abandonarlo en este cuento, para siempre. Levantó los brazos al aire, enderezó la espalda, se sintió ligero. El costal ya no le encorbaba la espalda.

Caminó por varios minutos preguntándose si esta vez el cuento al que llegaría sería el adecuado, el que él creía perfecto para sí mismo. El anterior le produjo rechazo. El cuentista que le infundió la vida sabía que Chandley necesitaba algo distinto, una historia que en todo caso fuera mejor que la del prado repleto de flores. Al cabo de un tiempo se distinguió un parque de diversiones. Allí vio la figura de un párvulo columpiándose.

Víctor Chandley se aproximó.

—Hola, niño —se colocó a un costado del columpio, divertimento metálico que desprendía un aroma de chocolate y fresas.



(...) (2010). Monotipo: Jesús A. Martínez.



Paisaje 7 (2007). Colagraf: Jesús A. Martínez.

El niño no hizo caso del otro personaje. En cambio comenzó a disfrutar de un pirulí extraído de su bolsillo izquierdo, lo despojó de la envoltura y se lo llevó a la boca.

—Hola, niño, he dicho —dijo Chandley subiendo el volumen de la voz.

—No debo hablar con extraños —sentenció el pequeño, girando el rostro hacia un lado.

—¿Quién te ha dicho esa mentira?

—No es una mentira, es una forma de prevenir cualquier abuso —dijo el párvulo, infranqueable, seguro de no contradecir una recomendación elemental.

—Tonterías —Víctor chasqueó la boca.

—No diré más —dijo el párvulo.

Chandley se sentó en el suelo, a un costado del columpio a donde se mecía el niño, quien de pronto se detuvo y sacó del otro bolsillo una libretita azul y con increíble destreza ejecutó la lectura de algo que parecían unas lecciones, al tiempo que cedía al embrujo hipnótico del pirulí.

—Luego del guión largo puedo decir lo que sea dictado por el escritor —dijo con entusiasmo y siguió con la lectura—. En cuanto el escritor lo ordene (en su ordenador) es menester (nótese la calidad del lenguaje) hacer mutis en la historia, sin importar si un personaje tiene o no deseos de hacerlo.

—Eso es pérdida de tiempo, niño.

—No lo es, Víctor Chaaandley —contraatacó el pequeño mirándole a los ojos, mostrando su pericia, dotado de conocimientos secretos—. Este libro es el *Manual del personaje perfecto*.

—Tonterías, insisto. Tú deberías crear tus propias reglas y no hacer caso del escritor.

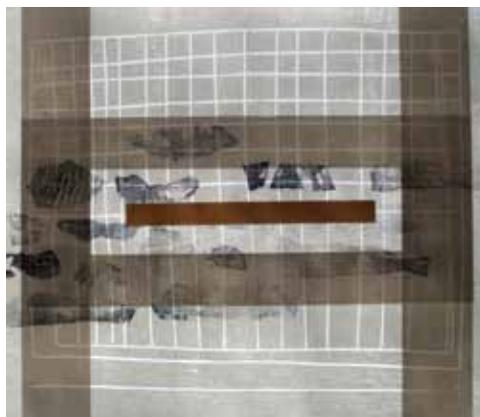
—Nooo —gritó el niño y se mostró medio enfadado.

—Yo, por ejemplo —dijo Chandley con un gesto de maldad—, creo mis propias reglas.

A sabiendas del poder que le permitió descubrir el nombre del personaje que



2-7 (2010). Transferencia y xilografía:
Jesús A. Martínez.



3-7 (2010). Transferencia y xilografía:
Jesús A. Martínez.

tenía enfrente, el niño permaneció expectante, a la caza de un error sintáctico o una distorsión tipográfica. Luego de un momento, ambos sucedieron.

—dE ese libvritoh las palabras no obvedezcas —repuso Víctor, y de allí en adelante cambió su manera de hablar.

El rostro dulce del niño mutó a uno invadido de miedo: percibió una indudable sedición en contra del lenguaje.

—Usted no debería estar en este cuento —dijo titubeante. El pirulí cayó al suelo y con él la intención de aplicar un correctivo lingüístico.

—eStoy y eso ya representah que del escritor la vboluntad sobre mí no eStá siempre.

—Pero, pero... —tartamudeaba— podría llegar en cualquier momento y desaparecerlo. Es muy arriesgado lo que está haciendo.

—yO así no lo creo. mIra cómo las palabras destrozó y a desaparecermeh de la existenciah nadie ha venido. mIra cómo gritando estoi y no cambia el mundo.

De pronto aparecieron unas lágrimas incipientes en los ojos del niño.

—ia llorar ahora vas, me faltabah sólo eso!

—iSeñor, por favor. Mi escritor dice que los personajes debemos hablar de acuerdo con reglas sintácticas y usted está incumpliendo ese mandato —le mostró el librito al hombre— ¡Léalo, léalo! —dijo e invadido de tristeza y miedo se soltó a llorar; las lágrimas brotaron de sus ojos como de una fuente.

—yO queremos jugar con el lenguaje, y tú no capaz eres de impedirlo —se burló, trazando un juego incongruente entre el sujeto y el verbo, al tiempo que metía la sintaxis en un caleidoscopio alrevesado.

—iInconcebible! —injurió el niño, adjudicando la palabra inconcebible al hombre que tenía enfrente, así como al acto mismo que ejecutó por medio de las palabras, las sabias palabras.

Sin otra cosa más que decir, Víctor Chandley hizo mutis en esta historia.

—dE aquí me largo. uN mui ingenuo niño eres —le recriminó al personajito y sus pies retomaron la ligereza del polvo de estrellas.

Caminó, de nuevo, por largo tiempo y al cabo de *estas* palabras llegó a un

cuento cuyo escenario era una ciudad iluminada con luces mortecinas, emitidas por faroles sujetos de los altos postes a cada orilla de las calles.

Los autos abandonados, aparcados eternamente en el olvido de una callejuela descuidada por la gente, lucían desprovistos de llantas o chimuelos, debido al cristallazo dado por un ladrón fugaz. Cacharros de metal estrujando el aire, bolas de papel tiradas al piso; los autos abandonados de esta ciudad eran costras del paisaje urbano.

En una esquina, que practicaba el divertimento del eco con el miau miau de un gato y mostraba un aquelarre de sombras, se desarrollaba la siguiente escena.

—¡Te lo advertimos una vez más, *Federico*, suelta el arma! —dijo un policía ayudado por un altavoz.

—Ni en sueños. No lo haré —*Federico* tenía un par de niños amarrados por la espalda, sentados en el piso, con gruesas cuerdas junto a él; con un revólver *colt* apuntaba a uno de ellos.

La combinación de las luces azules y rojas de media docena de coches patrulla se veía en esa cuadra de la ciudad.

—¿Qué sucedió con las cámaras de televisión? —preguntó, colérico, *Federico*; media hora antes había pedido la llegada de reporteros para filmar el trueque de los niños por un rescate de cinco de los grandes que pidió a cambio de ellos.

—Pronto llegarán —dijo el policía encargado de hablar con el altavoz, un hombre alto, grueso de cuerpo.

—Mi paciencia es débil —*Federico* quitó el seguro al revólver en actitud de jalar el gatillo; los policías lo notaron y el miedo se sembró en sus rostros.

—¡No lo hagas! —se escuchó del altavoz; el hombre se rascaba con nerviosismo la barba de candado.

Parecía que *Federico* no hubiese visto los rostros desesperados de los policías ni escuchado la súplica salida del altavoz. Entonces paseó el arma por la piel del niño, la acercó a su cuello y estuvo a punto de disparar.

—¡Yo tú fuerah me detendría —una voz masculina rompió el juego en ecolalia del miau miau.

La inesperada llegada de Víctor Chandley y su forma de manipular el lenguaje fueron percibidas por los personajes.

—*Federico*, ¿al policía escuchaste no? —preguntó Chandley, que se había ocultado en un callejón cercano a la escena.

Algunos murmullos se escucharon entre los policías.

—¡Ese tipo está loco!

—¡Qué poca conciencia!

—¡No tiene idea de lo que hace!

—¡E aquí muévete, diablo pobre! —falso de temor, Chandley desató las cuerdas que atrapaban a los personajitos. Luego en tono sarcástico agregó:—¿Ue los niños se acerquen a mí, dejen.

—Eres un idiota —*Federico* le gritó en la cara al bienhechor.

De pronto, el policía del altavoz se acercó a ellos y le dio un empujón a Chandley.

—Eres un grandísimo idiota. ¿Alguien te llamó aquí?, ¿por qué demonios te

entrometes en un cuento que no te corresponde? —el policía estaba furioso; los párpados inferiores de los ojos le temblaban.

—Ese niño debía morir —le gritó Federico—. Eran los deseos del escritor de este cuento.

—yA, ya, para tanto no es.

—¿Por qué no te largas?

—mE iré yo, pero una especieh de recuerdo dejar devbo antes. uN personajeh como yo no irse puede así como si pasarah nada.

—No dejarás algo tuyo aquí. Te acabaré con mis propias manos —Federico lanzó el revólver al suelo y en su lugar enseñó un escalpelo que llevaba oculto en el pantalón.

Le atrapó el cuello a Chandley con un brazo en un intento de asfixiarlo. Tras cada palabra el dolor se volvía más intenso. La piel de Chandley se tornó roja y luego morada como una función de luces; entonces, hasta que se tornó verde, soltó un bufido lastimero.

—mE dueleh pocoh, un poco sólo —masculló el agredido, que sacando fuerzas de quién sabe dónde, empuñó el escalpelo con fuerza y lo clavó en la costilla izquierda de su contrincante, sacándolo con rapidez; se tomó tiempo para recobrar la normalidad en la respiración— ¡eSo y más un poco te mereces, yo somos invencible! —le gritó al cuerpo sin vida tirado en el suelo.

Se pasó por los labios el escalpelo, sanguinolento, y una vez limpio lo lanzó contra el cuerpo inerte de Federico. Los policías enmudecieron: no sabían cómo actuar. Jamás habían presenciado que un personaje matara a otro personaje sin el permiso previo del escritor de modo tan sangriento en una historia. Se quedaron boquiabiertos, respirando lentamente, atrapados por una especie de miedo. De forma inconsciente, los policías miraron al asesino. Ninguno se atrevió a acercarse a él. Lo dejaron ir, temerosos de ser víctimas de alguna artimaña de un personaje tan imprevisto. Chandley corrió por la calle y dobló en una esquina; se perdió en un callejón inextricable y no se detuvo hasta cansar un poco sus energías. Dio al fin con un vasto parque en cuyo centro se erigía una biblioteca. Desde lejos miró sus paredes de granito y ventanas límpidas que dejaban relucir cuantiosos volúmenes. Al llegar a la entrada abrió la puerta.

Se admiró de la soledad de la biblioteca: filas de estantes con libros para acoger su capacidad de destrozo.

—¡uNa sorpresah todah! —dijo lleno de júbilo al ver un libro con la siguiente ilustración en la portada: un hombre de pobres carnes sosteniendo una adarga, ataviado con una armadura, montado en un caballo flaco; ambos, animal y hombre estaban acompañados por otro (por otro hombre) regordete, barbado y bonachón, que, a juzgar por su postura corporal, hacía de escudero a quien montaba el animal.

Tomó el libro y, aprovechando su condición de personaje central, lo leyó por completo. Descubrió que aquel hombre vivía conforme a una idea loca de ser caballero andante, combatir molinos, caravanas y cualquier malandrín; todo eso en aras de la justicia. El protagonista de ese libro paradigmático, por alguna razón inexplicable, le pareció aburrido. Descubrió que el libro se componía de dos volúmenes.

Entonces arrancó de tajo el segundo, lo echó al contenedor de material reciclable, y el primero lo modificó de tal forma que, en los capítulos iniciales, el protagonista moría a causa de un traumatismo craneoencefálico, materia gris expuesta.

Chandley se divirtió al modificar la historia de un libro que él no conocía como el más clásico entre los clásicos, y de esta forma cambió también el contenido de muchas historias, mutiló otras cuantas dejando inconclusas obras maestras de la literatura, anuló los nombres de autores reconocidos, y para finalizar la barbarie tergiversó novelas y textos ilustres, quedando éstos con títulos como: *El extraño caso del Dr. Gulliver y Mr. Hyde*, *Veinte poemas de amor y un principito desesperado*, *Las mil y una Iliadas*, *Así hablaba Harry Potter*, *Cien años de Kama Sutra*, y así propició otras alteraciones literarias que por su extraña composición de palabras o estrofalario contenido resultan ininteligibles. Mantuvo los destrozos hasta fatigar los estantes, luego el cansancio lo contuvo. Buscó una silla en la biblioteca, caminó entre los estantes sin hallar alguna; fue cerca de la entrada, a un lado del recibidor, donde encontró una, encima de ella reposaba un libro, lo tomó entre las manos, se sentó, lo hojeó hartamente extrañado por la suavidad de sus pastas y hojas; de pronto lo cerró.

Encontró el título en la portada, lo leyó: *Victor Chandley, multiasesino*. Advirtió su propio nombre en el título, y aunque tuvo la idea de destruirlo como los otros, alguna emoción secreta y su propio nombre impreso le advirtieron que no lo hiciera. Harto emocionado entonces buscó desesperadamente el nombre del autor, deseaba conocer quién era su dios, el autor de todos sus días y sus palabras. Imaginó la emoción de tener un padre frente a sí, o al menos saber de él, como sucedió con la mujer nacida de la novela rosa o con el niño aleccionado en las artes del personaje perfecto... En esos pensamientos estaba cuando escuchó un tumulto de pasos fuera de la biblioteca. Miró por una de las ventanas y vio apostados a los policías del cuento anterior.

—¡Tienes una orden de detención en tu contra! —gritó el policía que antes tuvo el altavoz.

Víctor salió del edificio.

—¿Sobre cuáles los cargos?

El policía aún mostraba un poco de temblor en los párpados inferiores, a pesar de lo cual leyó las acusaciones.

—Sedición contra el lenguaje, maltrato de un personaje infantil, allanamiento de cuartos ajenos, asesinato sin el permiso previo del escritor, evitar la muerte de víctimas predestinadas, y edgarallanpoenia.

—¿Edgarallanpoenia?

—¡Vamos, Víctor, recuerda a la señora a la que lanzaste una bola de pelos de un gato negro!

—¡Idemones! —por un instante Chandley se vio preocupado, no podía creer que esos policías hubieran conseguido filtrarse hasta la biblioteca, no lo entendió, pero estaba dispuesto a afrontarlo— ¿Detenermeh piensan?

—Desde luego. Cuanta menos resistencia opongas todo será más rápido. Sólo te ataremos, subirás al coche patrulla, y recibirás instrucción literaria.

—¡Uncah! —gritó ahora, convencido de su inocencia, al tiempo que urdía

una estrategia de escape—. Mañanah no hice nada que castigado ser deba. aYer mismo de ustedes escaparéh.

—Deberías entregarte. Ya te han preparado un castigo justo en la escuela: lectura de textos clásicos, vivirás la recapitulación de tus historias tres veces al día, antes de comer y después de ir al baño; comerás frutas y verduras; pero, sobre todo, estarás obligado a vivir en la poesía, te convertirás en el hijo pródigo del creador y estarás atado entre un verso tejido en filigrana y dormirás en camas de aguanieve —dijo el policía, que en este momento se descubrió como un bibliotecario frustrado.

—¡Horribvle suenah! —dijo mofándose—. yO ero un personaje invencibleh. aYer mismo escaparemos de ustedes.

—Víctor Chandley, será mejor que nos dejes colocar nuestras esposas en tus muñecas, porque esto será como dar luz al arcoíris o apagar la luz del cielo y colocar la luna como un moño a una princesa —dijo un segundo policía, descubriéndose así un segundo bibliotecario frustrado.

—mE algo diceh que ustedes con A la escuela iré no —dijo manejando a su caprichoso antojo la sintaxis de este diálogo. Y en un ataque de histeria gramatical agregó:— ttiempos seremos el de yo mejor lOs personajes todos. Detenermeh momento puede nadie en este. Soy soy yo el que. Una recapitulación o cualquier castigo no me harán daño, porque yo pertenezco a este cuento. Yo soy Víctor Chandley, multiasesino. —Chandley Víctor pronunció seguro mismo de sí, como en tiempo mucho lo había no sentido.

—¡Eso crees! ¡Atrápenlo! —gritó el bibliotecario frustrado a cargo de la detención y junto con sus compañeros corrió tras el acusado, quien volteó de inmediato a la biblioteca, mirando la siguiente leyenda en una pared antes de cruzar el umbral de la puerta que luego se cerró:

Fin

Al ver aquello, los policías bibliotecarios frustrados intentaron entrar, forzaron la perilla y golpearon los goznes, pero sus intentos de nada sirvieron: la puerta estaba atrancada. Lanzaron guijarros contra los cristales, que no cedieron: el cuento había terminado. No sabían qué explicación iban a dar cuando volvieran a donde les exigieron la captura de ese personaje sedicioso.

dEl libro aquel que de Chandley el nOmbreh tenía, eL pie de imprentah —que contiene el nombre del autor— el eDitor omitió por un descuido fatal, y ilremediablementeh Chandley Víctor escapado de lA justiciah hAbía.

JORGE SÁNCHEZ JINÉZ. Egresado de la Licenciatura en Psicología. Publicó el cuento "Hallazgo sobre Newton" en la revista *Arte de Brevería* del Centro Toluqueño de Escritores. Obtuvo algunas distinciones en la UAEM: tercer lugar en el Segundo Concurso Universitario de Composición Poética "Acomiztli Nezahualcóyotl"; mención especial en el Primer Concurso "Carta a..."; mención especial en el Primer Concurso de Ensayo y Cuento "Fortaleciendo la cultura de los derechos humanos y universitarios". Ganador del Premio Estatal de la Juventud en la categoría de cuento, en las ediciones 2008 y 2010.